

No escribas más, y cierra los ojos

Jorge Alonso*

Vigo, 09/09/2007 — v1.0
publicado inicialmente en NoSoloRol**

La profesora tomó la libreta de caligrafía.
—Déjame ver, Carlitos.
Con una breve mirada sentenció:
—¡Pero qué es esto! —y arrojó la libreta contra el pupitre—. Por el amor de Dios, ¡eres un inútil!
Le arrebató el lápiz al alumno, y se puso a escribir.
—Se hace así: *Pa-pá, ma-má* —dijo, mientras escribía—. ¿Ves? No es tan difícil. *Pa-pá, ma-má*. La *p* con la *a*, y la *m* con la *a*.
La profesora miró fijamente al niño.
—Y no te pongas a llorar —al decir esto, el niño rompió a llorar—. ¡Deja de llorar y ponte a escribir! —tenía el ceño fruncido y las manos crispadas. Rompió el lápiz del niño—. Si sigues así ¡nunca serás nada en la vida! ¡Serás un fracasado! —*Como yo*, le pareció a la profesora que decía una vocecita en su cabeza.
Contuvo las ganas de dar un bofetón al niño, y pasó al siguiente. Menos mal, éste tenía una caligrafía aceptable, y se calmó un poco. Carlitos gimoteaba, pero ella lo ignoraba.
Así, fue pasando niño tras niño, riñendo a los que lo hacía mal, e ignorando a los que lo hacían bien.
Cuando llegó al último niño, se le frunció el ceño.
—¡Qué estás haciendo, Pablito! ¡Trae acá! —y le quitó el cuaderno y lo acercó a su cara, para poder leer mejor—. ¿Qué es esto? ¿Me estás tomando el pelo? —el niño permaneció impasible—. ¿Qué has estado escribiendo, que galimatías es este? ¿Vas a estar castigado toda la semana?
Iba a lanzar la libreta contra la cara del niño, cuando tuvo una revelación que la dejó muda y petrificada.
Agarró con fuerza el cuaderno, y leyó lo que estaba escrito. Varias veces. Su cara se estaba poniéndola pálida. Miró fijamente al niño. Éste parecía tan sólo un vulgar niño. Otro vulgar niño.

Con el cuaderno en sus manos, caminó de vuelta a su mesa. Dejó en ella el cuaderno abierto. Se sentó. Agarró con ambas manos su cabeza, apoyó los codos en la mesa. Pestañeó varias veces seguidas. Se quitó las gafas y frotó sus ojos.

—Santa madre de Dios —murmuró.

Después, tomó un lápiz y escribió en el cuaderno de Pablito.

Regresó junto al alumno, y le puso el cuaderno en su mesa.

—Escribe.

El alumno volvió a su tarea, como si nada hubiese pasado.

La profesora sentía un nerviosismo creciente mientras observaba escribir al niño. Era igual de lento que cualquier otro vulgar niño. Al mover la cabeza en su exasperación, se dio cuenta que los otros niños no estaban trabajando.

—¡Todos a escribir! ¡Venga!

Cuando llegó la hora del recreo, mandó a Pablito quedarse con ella en clase.

Cuando terminó la hora del recreo, y los alumnos regresaron a clase, vieron a la profesora con la cabeza y los brazos contra la mesa, llorando. Creyeron que Pablito estaba durmiendo, pero no tardaron en gritar al darse cuenta que estaba muerto.

Durante el juicio, la profesora clamaba por su inocencia. Sí, ella había matado al niño, pero lo había hecho en nombre de Dios. Ellos no tenían capacidad para juzgarla. Sólo Dios podía hacerlo.

La condenaron a muerte.

Alguien gritó:

—¡Dejad que la juzgue Dios!: ¡A la hoguera con ella!

Por ley, ella conoció el castigo del garrote vil.

Unos días después, en el cuarto de Pablito, su padre lloraba, recordándole. Cogía sus juguetes, rememoraba a su hijo jugando con él, y se enjuagaba las lágrimas. A continuación, tomaba otro, y volvía a hacer lo mismo.

*Mi correo es soidsenatas@yahoo.es, y mi página web es <http://es.geocities.com/soidsenatas/>.

**<http://www.nosolorol.com/revista/>

Cuando llegó a su material escolar, sus lágrimas cesaron cuando abrió el cuaderno de caligrafía.

En las últimas hojas, su hijo había escrito un extraño galimatías. *Aduyaor rocos*, decía una frase. *Odapa rtaí uqayotse*, decía la siguiente. Él no comprendía nada. Muchas líneas más adelante, en una caligrafía distinta, de mujer, ponía *¿Rec ah ed ehéuq?*

La respuesta, con la letra de su hijo, era: *Oñin la atam*.

En algún lado, alguien se regocija.